Esta carta expone lo sentido a lo largo de la lectura de los textos del padre Atilio Rosso. Lo que aquí se pone de manifiesto es, en esencia, la convicción de estar frente a un discurso eminentemente pedagógico, tanto por el hecho de buscar fundamentos como por el compromiso con los temas tratados, por la claridad y el coraje de asumir la responsabilidad de hacer pedagogía con la sociedad. Esta carta es, además, una expresión de gratitud y reconocimiento.

CARTA AL PADRE ATILIO ROSSO SOBRE LA RESPONSABILIDAD DE HACER PEDAGOGÍA[1]

Respetado Atilio.

Hasta hace unos días sabía de usted por documentos y prácticas de Los Sin Techo y por referencias de nuestro incansable Luciano. Fue por una iniciativa de éste que nos hicimos cargo, con mi hija Ana, de editar los textos nacidos de las entrevistas que cada jueves le vienen haciendo. No fue tarea tan ardua la edición. El mayor esfuerzo estuvo en limpiar las repeticiones propias de la palabra desenvuelta oralmente. No mucho más, porque el discurso fluía con orden en cada entrevista. Mérito suyo este texto y del entrevistador, que lo orientó sabiamente con sus preguntas.

No es motivo de esta carta recuperar todo lo que usted expresa en el libro. No escribo para contarle al lector lo que deberá hallar por su cuenta. Estas líneas pretenden expresar una sensación nacida desde mi experiencia con las primeras páginas y cimentada con fuerza al final de la lectura. Releo esta última frase y pienso que la palabra *sensación* no es la adecuada. Pero como ella alude a los sentidos y a lo que se siente, prefiero mantenerla para aludir a lo que *fui sintiendo*.

Se lo sintetizo así: sentí que su discurso es constante, profundamente pedagógico.

Paso del sentimiento a la afirmación: su discurso es pedagógico por la búsqueda de fundamentos, por el compromiso con los temas tratados, por la claridad de la expresión y por el coraje de asumir, hoy, la responsabilidad de hacer pedagogía con la sociedad.

No pretendo con esa afirmación cerrar ningún punto al análisis del lector; señalo cuatro puntos, sin duda habrán más que podrán ser rescatados por otras miradas.

La búsqueda de fundamentos se expresa en su apelación a Dios, a Cristo; en el rechazo a una cultura anclada en un yo excluyente y en el narcisismo; en su visión de la condición humana, basada en la libertad y en la espiritualidad; y en la empecinada necesidad de comprender al otro en su cultura, en su sufrimiento, en su capacidad de alegría y solidaridad. Sin trascendencia, sin valores, sin el otro, no hay pedagogía que pueda ayudarnos a caminar estos tiempos.

Volver a los fundamentos. Demasiado daño nos han hecho las marejadas de documentos, expertos, ofertas internacionales dirigidos a convencernos de la necesidad de concebir al alumno como un cliente y al educador como un vendedor; al aula como una pista de carreras y al ganador como un héroe de estos dolorosos tiempos.

En el trabajo en torno al milagro del aprendizaje, no hay nada que comprar ni vender. Volver a los fundamentos, a la gratuidad del acto educativo, que sigue siendo en lo esencial un acto de amor.

No es sencillo salirse de esas lógicas de la mercancía y del otro como un instrumento. Tampoco de esa siempre cotidiana del desaliento. De cambiar el rumbo de la mirada, se trata, como usted lo expresa:

> "El hombre de hoy tiene que estar agradecido y no agarrar la parte de la vida que es todo sufrimiento. Cuando esta Semana Santa uno lee los temas de la Pasión, se da cuenta que todo el mundo mira los clavos y los insultos. Yo me dediqué a mirar a un tipo que se llama Cireneo, que asumió gratuitamente una cruz que no le tocaba y la llevó hasta el calvario."

Cambiar la mirada para ver, recuperar otros sentidos. Demasiado milagro hay en cada criatura humana como para dejarla librada a los vientos del consumo y a la mezquindad de un *yo* hipertrofiado.

Una creencia sostenida en largos, demasiado largos años, sostiene que la pedagogía tiene como marco, y límites, el aula y la institución educativa. De ello se deriva que su tarea es ocuparse de los asuntos propios de tales espacios: lo dicho en los manuales, lo dicho en viejos discursos académicos… No pretendo discutir ese ámbito de trabajo; me apoyo en sus textos, Atilio, para comprender y comprobar que si un discurso pedagógico no se ocupa de los temas más cruciales de una sociedad en determinado contexto, pierde buena parte de su razón de ser.

Y como la razón de ser de un discurso pedagógico es que el otro, los otros, aprendan, ocuparse de los temas cruciales de una sociedad en determinado contexto significa asumir el compromiso y la responsabilidad porque los otros aprendan también, y fundamentalmente, esos temas. En pedagogía no estamos para pérdidas de tiempo, ni para piruetas teórico-metodológicas. Necesitamos un ejercicio de sensatez y de sentido común.

Usted habla, Atilio, de lo que hay que hablar: la pobreza, la libertad, la espiritualidad, la solidaridad, la propiedad, la indiferencia, la discriminación, la violencia, el abandono, San Martín, Belgrano, Cristo, la patria, la responsabilidad moral y social, el trabajo, la dignidad, la niñez, los marginados…

Las críticas no faltan en sus palabras, pero éstas van surgiendo, más que para abrir tajos en todas direcciones, más que para sembrar desaliento, para enseñar fundamentos. Discurso pedagógico el suyo, extra muros, extra extremos, extra cátedras, extra manuales, extra capillas y doctrinas.

Opción semejante conlleva necesariamente un compromiso de claridad. La primera pregunta de un pedagogo (lo sabían muy bien Sócrates, Cristo, Francisco de Asís, nuestro Simón Rodríguez) es así de simple: ¿con quién hablo?

Nada menos pedagógico que un discurso empantanado en palabras lejanas, ajenas, pretenciosas, retorcidas, altivas. Ante ciertos discursos, cabe preguntarse: ¿con quién hablan los que hablan?

Un discurso pedagógico con vocación social, el suyo, requiere palabras basadas en el conocimiento, la experiencia y la orientación hacia la mirada y la comprensión de los otros. Tres elementos básicos; si falta uno, si se dispara otro hacia el exhibicionismo, si se pierde en el camino la interlocución, el discurso comienza a derivar hacia el sinsentido. Y es sabido que las palabras adquieren sentido no en los labios de quien las profiere, sino en los oídos, la mente y el corazón de quienes las reciben.

Compromiso de claridad, entonces, compromiso de com-unión con aquellos a quienes se orienta el discurso.

Reitero el último punto de los que anticipé más arriba: su discurso es pedagógico por el coraje de asumir, hoy, la responsabilidad de *hacer pedagogía* con la sociedad. He subrayado *hacer pedagogía* porque en nuestros tiempos, y en nuestra sociedad argentina, se trata de un *hacer* que no muchos se atreven a practicar.

Frente a tanta marejada de sufrimiento, de picardía, de modelos perversos, de seducciones a ras del suelo, de invitación al abandono, al desaliento, al desánimo; de fiesta mediática, de cinismo, de vale todo, de cambalaches… ¿no deberíamos esperar una contra marejada, expresada en el coraje de hacer pedagogía para rescatar a la patria de esas invitaciones a la destrucción?

¿De dónde deberían venir esas reacciones? De las universidades, de los sectores políticos, de las iglesias, de las asociaciones civiles, de las escuelas, de la justicia… No sería justo generalizar, decir, por ejemplo, que poco y nada se escucha. Pero convengamos que esa contra marejada no es tan grande como quisiéramos, como haría falta. Lo que equivale a decir: no todos tienen el coraje de hacer pedagogía con la sociedad. Causas no faltan: el culto a la indiferencia, el *yo* agigantado, casi sin un tú, sin un nosotros; el acostumbramiento al escándalo. Y como todo esto resulta ser lo dominante, para hacer pedagogía, para bracear en contracorriente, es preciso el coraje.

Pero los nadadores existen, ya no van en solitario. Son muchos quienes buscan una sociedad diferente en medio de tanta marejada.

Respetado Atilio, queremos agradecerle con Ana la oportunidad de haber trabajado sobre su texto.

He escrito esta carta como una reacción a lo sentido y vivido durante el cumplimiento de esa tarea. Necesité hacerlo. No por desparramar lisonjas, que a usted no le hacen falta (me viene a la memoria un dicho recogido en África: “No se debe aplaudir tanto al bailarín, porque puede perder el paso”), ni por el intento de meterme a explicarle al lector lo que en las páginas del libro se muestra con toda claridad; su prosa no necesita voceros, se dice sola.

He escrito porque no pude dejar de hacerlo, porque me gratificó mucho descubrir en usted al pedagogo y sentí el impulso de decírselo.

Le agradezco, Atilio, sus palabras. Le agradezco su pedagogía.

Daniel Prieto Castillo
Mendoza, 26 de Septiembre de 2004

---

[1] A manera de prólogo al libro *Las palabras y los hechos. Reflexiones sobre la pobreza, la libertad, la espiritualidad y el coraje*, Santa Fe, Argentina, Movimiento de los sin Techo, 2003.